
ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Habitación en casa de Mariana.

MARIANA aparece sentada. Un PAJE cantando.

CANCIÓN.

- PAJE. Aparta tu labio que aquellas
Mentidas promesas me dió,
Y aparta tus ojos, que estrellas
El alba engañada juzgó.
Mas dame de vuelta los besos
Que un tiempo te dí.
Mis sellos de amor poco impresos
Quedaron en ti.
- MAR. Deja ya de cantar y al punto vete,
Que á consolarme llega quien mitiga
Con sus consejos mi dolor profundo.

Entra el DUQUE disfrazado de fraile.

Perdonadme, señor, y no quisiera
Que me hubierais hallado tan absorta

Dedicada á la música. Excusadme.

Mas la tristeza empaña mi alegría

Aunque se alegre la tristeza mía.

DUQUE. Bien está que la música te alegre;

Pero transforma, al ser nuestro regalo,

A veces malo en bueno, bueno en malo.

Te suplico que me digas si ha venido aquí alguien en busca mía. He prometido estar aquí á esta hora, sobre poco más ó menos.

MAR.—Nadie ha preguntado por vos. No me he movido de casa.

DUQUE.—No lo dudo. Esta es la hora convenida. Ruego que te retires por un momento. Acaso te vea más tarde y para provecho tuyo.

MAR.—Estoy siempre dispuesta á obedeceros. (Vase.)

Entra ISABEL.

DUQUE. A la hora exacta llegas. Bien venida.

De ese buen delegado ¿qué me dices?

ISABEL. Tiene un jardín con tapia de ladrillo,

Que linda por la parte de Occidente

Con una viña, y en aquella viña

Hay un postigo, que con esta llave

Grande se puede abrir. Esta pequeña

Es de una puertecilla que da paso

Desde la viña á su jardín, en donde

Le he prometido estar en cuanto dieren

Las doce de la noche tenebrosa.

DUQUE. Pero ¿sabrás buscarte tu camino?

ISABEL. De él he tomado nota conveniente.

Con gran cautela, con indigno esmero

Y gestos expresivos me ha mostrado

La senda por dos veces.

- DUQUE. ¿Convenidas
Señas tenéis que conocer precise?
- ISABEL. No. Sólo que será la cita á obscuras
Y que no puede dilatarse mucho,
Pues le he dicho que iré con un sirviente
Que esperará mi vuelta, y que supone
Que allí voy para asuntos de mi hermano.
- DUQUE. Lo has arreglado bien. A Mariana
Aún de este asunto ni palabra he dicho.
¡Eh! ¡Hola! Escucha. Sal.

Vuelve á entrar MARIANA.

Oye á esta joven

Que para hacerte un beneficio viene.

- ISABEL. Es ése mi deseo.
- DUQUE. Persuadida
Estás de que te estimo.
- MAR. Noble padre,
Sí por cierto, y me disteis de ello pruebas.
- DUQUE. Toma á tu compañera de la mano,
Y que al oído un cuento te relate.
Yo esperaré. Mas despachad aprisa,
Que llega ya la noche pavorosa.
- MAR. ¿Me haréis la gracia de venir conmigo?

(Vanse Isabel y Mariana.)

- DUQUE. ¡Oh grandeza! ¡oh poder! en ti se fijan
A millonadas enemigos ojos.
Volúmenes enteros se rellenan
De falsas y antagónicas noticias
Acerca de tus actos. A millares

Ingenios torpes de sus vanos sueños
Te hacen el tema, y en el potro logran
Con su imaginación descoyuntarte.

Vuelven á entrar ISABEL y MARIANA.

Bien vengáis. ¿Convenidas?

ISABEL. De la empresa,
Padre, si vos lo aconsejáis, se encarga.

DUQUE. Lo suplico, á la par que lo aconsejo.

ISABEL. Poco debes hablar al despedirte;
De quedo le dirás con voz süave:
«De mi hermano acordaos.»

MAR. No temáis.

DUQUE. Hija, ni tú temer debes tampoco.
Es por previo contrato tu marido.
Que os unáis de este modo no es pecado,
Pues la justicia de la causa tuya
Es la sanción de engaño semejante.
Vamos, pues. Si ha de haber trigo en la era,
Es fuerza preparar la sementera.

(Vanse.)

ESCENA II.

Habitación en la cárcel.

Entran el ALCAIDE y POMPEYO.

ALCAI.—Ven aquí tú. ¿Puedes cortarle la cabeza á un hombre?

POMP.—Si fuere soltero, sí, señor; pero si fuese cabeza

de familia, pertenece á su mujer, y yo no puedo cortarle la cabeza á ninguna mujer.

ALCAI.—Vamos. Déjate de chilindrinas y responde al caso. Mañana por la mañana han de morir Claudio y Bernardino. Tenemos verdugo en la cárcel, pero necesita un ayudante. Si ayudarle quieres, te librarás de tus hierros; si no, tendrás que cumplir toda tu condena, y además, al ponerte en libertad, te azotarán sin compasión como notorio rufián.

POMP.—Señor, rufián he sido desde ni sé cuándo, fuera de la ley; pero ahora dentro de la ley seré verdugo. Celebraría recibir algunas lecciones de mi compañero.

ALCAI.—¡Hola, Terrores! ¿Dónde está Terrores?

Entra TERRORES.

TERR.—¿Llamáis, señor?

ALCAI.—Escucha. Aquí tienes á quien te ayudará mañana en tu oficio. Si te parece bien, contrátalo por el año y que viva aquí contigo; si no te acomodare, utilízalo para esta ocasión y luego despídelo. Que no te hable de su posición, pues es un rufián.

TERR.—¡Un rufián! ¡Qué oprobio! Va á deshonorar el arte.

ALCAI.—Anda, anda. Pesáis lo mismo. Leve pluma inclinaría la balanza.

(Vase.)

POMP.—Hacedme, caballero, la gracia—porque, caballero, gracia de fijo tendréis, por más patibularia que vuestra cara fuere—de decirme por qué llamáis arte á vuestra ocupación.

TERR.—Porque es un arte.

POMP.—He oído llamar arte á la pintura, y la meretriz, caballero, que es de mi clase, se pinta, probando de este modo que es arte mi ocupación; ¿pero qué arte cabe en ahorcar? Aunque me ahorquen, no lo comprendo.

TERR.—Pues es un arte.

POMP.—La prueba al canto.

TERR.—El ladrón, que es de mi clase, se acomoda á toda la ropa de la gente honrada. Si al ladrón le viene estrecha, asaz amplia la juzga el hombre honrado; y si amplia por demás, júzgala el ladrón bastante estrecha. Así, pues, el ladrón sabe acomodarse á toda la ropa de la gente honrada.

Vuelve á entrar el ALCAIDE.

ALCAI.—¿Estáis convenidos?

POMP.—Señor, le serviré; pues veo que es más penitente oficio que el de rufián el de verdugo. Pide más á menudo perdón.

ALCAI.—Oye tú. Ten el tajo y el hacha dispuestos para mañana á las cuatro.

TERR.—Venid, rufián. Os instruiré en mi oficio. Seguidme.

POMP.—Deseo aprender, caballero, y cònfío en que, si tenéis ocasión de necesitar mis servicios para vos propio, me encontraréis apto para el caso; porque, francamente, en compensación de tantas bondades os debo agradecida recompensa.

ALCAI.—Que Bernardino y Claudio se presenten.

(Vanse Pompeyo y Terrores.)

Al uno compadezco. Al asesino,
Aunque mi hermano fuera, lo abomino.

Para Claudio?

DUQUE. Se abrigan esperanzas.

ALCAI. Es duro el delegado

DUQUE. No por cierto.

Con la línea que sigue su justicia,
Su propia vida paralela corre.
Con abstinencia santa en sí restringe
Lo que con todo su poder procura
En otros restringir. Si lo manchara
Lo que él corrige, déspota sería;
Pero no siendo así, justo se muestra.

(Llaman dentro.)

Aquí ya están.

(Vase el Alcaide.)

¡Alcaide bondadoso!

Raras veces el duro carcelero
Es amigo del hombre.

(Llaman dentro.)

¡Cómo llaman!

Prisa anima al espíritu que hiere
Con tales golpes la paciente puerta.

Vuelve á entrar el ALCAIDE.

ALCAI. Hasta que el oficial no se levante

(Hablando á uno á la puerta.)

Ahí tiene que esperar. Ya lo han llamado.

DUQUE. ¿Aun no habéis recibido contraorden,
Y esta mañana misma Claudio muere?

- ALCAI. Contraorden ninguna he recibido.
 DUQUE. Pues la tendréis, Alcaide, por muy cerca
 Que esté de amanecer, antes del alba.
 ALCAI. Por dicha algo sabéis, mas me parece
 Que no vendrá. No existe de eso ejemplo.
 Además, en la sala de justicia
 Declaró lo contrario Su Excelencia
 En público.

Entra un MENSAJERO.

Aquí viene su emisario.

DUQUE. Y con él el perdón de Claudio viene.

MENS.—(Entregando un papel.) Mi amo os envía esta carta, y además me encarga deciros que no os apartéis en lo más mínimo de sus prescripciones en lo referente á la hora, ni al asunto mismo ni á las demás circunstancias. Buenos días tengáis, pues creo que está á punto de amanecer.

(Vase el Mensajero.)

ALCAI. Cumpliré sus órdenes.

DUQUE. (Aparte.) Es su perdón. Vendido por pecado
 En que está quien perdona complicado.
 El mal camina con carrera insana
 Cuando de excelsa autoridad emana.
 Cuando de la piedad el vicio es fuente,
 El vicio es quien perdona al delincuente.
 Ahora bien, ¿qué noticias?

ALCAI.—¿No os lo decía yo? Su Excelencia, juzgándome quizá remiso, me espolea con este inusitado estímulo. Cosa extraña, porque no acostumbra hacerlo.

DUQUE.—Oigamos.

ALCAI.—(Leyendo.) «Aunque otra cosa en contrario os digan, haced que Claudio sea ejecutado mañana á las cuatro, y por la tarde Bernardino. Para satisfaccion mía, enviadme á las cinco la cabeza de Claudio. Haced que lo que ordeno se cumpla, y tened en cuenta que de ello depende más de lo que por ahora me toca decir. No faltéis á vuestra obligación, pues os costaría caro.» ¿Qué decís acerca de esto?

DUQUE.—¿Quién es ese Bernardino que debe ser ejecutado á la tarde?

ALCAI.—Un gitano, pero criado y avecindado en esta ciudad. Uno que lleva nueve años de estar preso.

DUQUE.—¿Cómo es que el ausente Duque no le dió libertad, ó lo mandó ejecutar? He oído decir que así obraba constantemente.

ALCAI.—Sus amigos obtuvieron constantes prórrogas, y la verdad es que hasta há poco, durante el gobierno de su Excelencia Angelo, no se ha obtenido prueba plena de su delito. Ahora está convicto y confeso.

DUQUE.—¿Se ha mostrado contrito en la cárcel? ¿Parece arrepentido?

ALCAI.—Es hombre que contempla á la muerte como si fuera el sueño de un beodo. Atolondrado é indiferente, ni lo pasado, ni lo actual, ni lo por venir le inspiran temor alguno. Le importa poco morir, y es hombre desesperanzado.

DUQUE.—Necesita consejos.

ALCAI.—No los escucha. Siempre ha gozado dentro de la cárcel de amplia libertad. Se ha podido fugar, y no ha querido. Se embriaga diariamente, y á veces está embriagado varios días consecutivos. A menudo lo hemos despertado para llevarlo al patíbulo y le hemos mostrado la orden de su ejecucion, y ni se ha conmovido siquiera.

DUQUE.—Ya hablaremos acerca de él. En vuestra cara, Alcaide, escrita está la honradez y la lealtad. Si no he leído bien, me ha engañado mi usual perspicacia. Por lo tanto, no dudo en aventurarme fiado en mi sagacidad. Claudio, á quien de conformidad con la orden que habéis recibido debéis ejecutar, tan digno es de castigo como el propio Angelo que lo ha sentenciado. A fin de que comprendáis bien lo que digo, reclamo únicamente cuatro días de prórroga, y para lograrlo preciso es que me hagáis un favor inmediato y peligroso.

ALCAI.—Señor, ¿cómo?

DUQUE.—Dilatando la ejecución.

ALCAI.—¡Válgame Dios! ¿Cómo puedo hacerlo? Prefijada la hora, la orden terminante, amenazado de severo castigo si no la cumplo, y teniendo que enviar la cabeza de Claudio para que Angelo la vea, puedo ponerme en el caso de Claudio si en lo más mínimo contravengo las órdenes que he recibido.

DUQUE.—Yo os garantizo de todo riesgo, lo juro por el hábito que visto, si queréis seguir mis instrucciones. Ejecutad por la mañana á Bernardino, y enviad esa cabeza á Angelo.

ALCAI.—Angelo ha visto á ambos y reconocerá la cara.

DUQUE.—¡Ah! La muerte es gran disfraz, y podéis aumentarlo. Afeitadle la cabeza y arregladle la barba, y asegurad que, penitente, quiso que así lo afeitaran antes de morir. Ya sabéis que esto suele suceder. Si algo os ocurre que no sea el que os den las gracias y os traiga ventaja, por el santo á quien sirvo os juro que os defenderé á riesgo de mi vida.

ALCAI.—Perdonadme, padre;]pero faltaría á mi juramento.

DUQUE.—¿Jurasteis fidelidad al Duque, ó al delegado?

ALCAL.—Al Duque y á quienes lo representen.

DUQUE.—¿Estimaríais que no habíais faltado á vuestro deber si el Duque sancionara vuestra conducta?

ALCAL.—¿Pero qué probabilidad hay de que eso suceda?

DUQUE.—No ya probabilidad, sino certeza. Mas, puesto que ni mi hábito, ni mi franqueza, ni mis argumentos logran convenceros, iré más allá de lo que pensaba á fin de despojaros de todo temor. Mirad. Ved aquí la firma y sello del Duque. Conocéis sin duda la letra, y el sello no puede tampoco seros desconocido.

ALCAL.—Conozco la letra y el sello.

DUQUE.—El contenido de esta carta declara el retorno del Duque. Leerésla después detenidamente, y veréis que aquí estará dentro de dos días. Angelo lo ignora, porque hoy mismo recibe cartas con extrañas noticias, anunciando, acaso la muerte del Duque, acaso su retiro á un monasterio; pero, de seguro, no lo que va aquí escrito. Ved. Ya despierta al pastor el lucero del alba. No os preocupéis pensando cómo se ha de llevar á cabo cuanto digo. Todas las dificultades se allanan cuando se conocen. Llamad al verdugo, y caiga la cabeza de Bernardino. Yo lo confesaré de seguida y lo prepararé para sitio mejor. Todavía os veo absorto; pero esto os convencerá por completo. Vamos. Es casi de día.

(Vanse.)

ESCENA III.

Otra habitación en la cárcel.

Entra POMPEYO.

POMP.—Tan conocido soy aquí como lo era en nuestra casa de comercio. Se creería uno en la propia casa de Doña Recocida; tantos antiguos parroquianos suyos se ven aquí. En primer lugar, aquí está Brioso, por razón de un pliego de papel de estraza con jengibre añejo valuado en ciento noventa y siete doblones, por lo que sacó cinco escudos al contado. ¡Voto va! El jengibre no estaba entonces en boga por haber muerto todas las viejas. Luego, aquí está un tal Cabriola, á instancias de Felipechín el mercero, por causa de cuatro piezas de raso negro, y negro se verá para pagarlas. Además, aquí tenemos á Cargadados y á Echavotos y á Espuelacobriza y á Matalacayos, que ciñe espada y daga, y á Colgado, que mató á Lindatorta, y á Atajo el espadachín, y al valiente Zapatilla, el gran caminante, y al audaz Medioazumbre que á Cantaras apuñaló, y otros cuarenta más, según creo. Todos muy marchantes nuestros, y que ahora están aquí por amor de Dios.

Entra TERRORES.

TERR.—Oye tú. Trae á Bernardino.

POMP.—¡Señor Bernardino! tenéis que levantaros para que se os ahorque, señor Bernardino.

TERR.—¡Eh! ¡Hola, Bernardino!

BERN.—(Dentro.) ¡Mala peste en vuestras gargantas! ¿Quién mete tanto ruido? ¿Quién eres?

POMP.—Vuestro amigo el verdugo. Tened la bondad, señor, de levantaros para que se os mate.

BERN.—(Dentro.) Véte, bribón, véte. Tengo sueño.

TERR.—Dile que es preciso que despierte, y pronto.

POMP.—Por favor, señor Bernardino, despertaos mientras se os ejecuta, y luego dormiréis.

TERR.—Entra y sácalo.

POMP.—Ya viene. Ya viene. Le oigo remover la paja.

TERR.—Está el hacha sobre el tajo.

POMP.—Todo á punto.

Entra BERNARDINO.

BERN.—Ahora bien, Terrores, ¿qué hay de nuevo?

TERR.—De veras te lo digo. Desearía que te colaras de rondón en tus preces, porque has de saber que ya ha llegado la orden.

BERN.—Bribón, he pasado la noche entera bebiendo; no estoy preparado.

POMP.—¡Oh! Tanto mejor, porque si por la mañana ahorcan á quien ha pasado la noche entera bebiendo, tanto mejor dormirá al siguiente día.

TERR.—Mira. Ahí viene tu director espiritual. ¿Crees ahora que embromamos?

Entra el DUQUE disfrazado de fraile.

DUQUE.—Inducido por la caridad, al enterarme de lo pronto que debéis emprender vuestra partida, he venido para aconsejaros, consolaros y orar con vos.

BERN.—Fraile, de ningún modo. He estado bebiendo

toda la noche, y necesito más tiempo para prepararme. Aplástenme los sesos á cachiporrazos, pero no consiento que me maten hoy. Lo fijo es eso.

DUQUE. Es necesario, y, por lo tanto os pido
Que preparado estéis para el viaje.

BERN.—Juro que nadie logrará persuadirme á morir hoy.

DUQUE.—Pero escuchad.

BERN.—Ni una palabra. Si algo tenéis que decirme venid á mi celda, porque hoy de ahí no salgo.

(Vase.)

DUQUE. ¡Indigno de la vida y de la muerte!
¡Oh corazón de piedra! Sin demora
Idos tras él, y que en el tajo acabe.

(Vanse Terrores y Pompeyo.)

Vuelve á entrar el ALCAIDE.

ALCAI. Y bien, ¿cómo encontráis al condenado?

DUQUE. Sin preparar, para la muerte inepto.
Y despacharlo criminal sería
En el presente estado de su alma.

ALCAI. Acaba de morir de fiebre aguda,
Padre, un tal Ragocino en esta cárcel,
Pirata famosísimo. Tenía
Casi la edad de Claudio y su cabello,
Y barba en el color son semejantes.
Dejemos á este réprobo hasta tanto
Que se halle más dispuesto, y con el rostro
De Ragocino, que mejor se aviene
Con el de Claudio, quede satisfecho
El señor delegado. ¿Qué os parece?

- DUQUE. ¡Casualidad que el cielo nos depara!
 A ponerlo por obra en este instante.
 La hora se acerca que Angelo ha indicado.
 La cabeza cortadle, y enviadla
 Como ordenó. Yo, mientras, á esa fiera
 Confesaré para que humilde muera.
- ALCAL. Se hará, buen padre, al punto. Bernardino
 Forzosamente morirá esta tarde.
 ¿Mas qué hacemos con Claudio, que precava
 El peligro que corro si se llega
 A saber que está vivo?
- DUQUE. Esto haced. En secretos calabozos
 A Bernardino colocad y á Claudio,
 Y antes que el sol disponga por dos veces
 Su visita diaria á los mortales,
 A salvo os hallaréis de todo riesgo.
- ALCAL. Haré lo que ordenéis.
- DUQUE. Hacedlo pronto,
 Y á Angelo encaminad esa cabeza.

(Vase el Alcaide.)

A Angelo ahora escribiré. La carta
 Entregaré al Alcaide. Que me acerco
 Sabrá por ella, y que motivos graves
 A hacer entrada pública me obligan.
 Junto á la santa fuente que se halla
 A la entrada del pueblo le suplico
 Que me espere, y de allí, con paso lento
 Acompañado de Angelo, en solemne
 Procesión entraré.

Vuelve á entrar el Alcaide con la cabeza de Ragocino.

ALCAL. Ved la cabeza.

La llevaré yo mismo.

DUQUE. Bien lo hallo.

Volved al punto, que deciros quiero

Lo que debo decir á vos tan sólo.

ALCAL. Vuelvo en seguida.

Vase.

ISABEL. (Dentro.) ¡Paz en este sitio!

DUQUE. ¡Es la voz de Isabel! Sin duda viene
A saber si el indulto de su hermano
Se ha recibido ya. De su ventura
La mantendré ignorante porque goce,
Desesperada ya, dicha suprema
Cuando menos lo espere.

Entra ISABEL.

ISABEL. Con permiso.

DUQUE. Hija bella y gentil, muy buenos días.

ISABEL. Si me los da varón tan justo, buenos

Para mí deben ser. ¿El delegado

Mandó el indulto del hermano mío?

DUQUE. Isabel, lo ha indultado de este mundo.

A Angelo ya mandaron su cabeza.

ISABEL. No. Eso no es posible.

DUQUE. Es, hija. Patentice tu talento

Conformidad tranquila con tu suerte.

ISABEL. ¡Oh! Lo veré. Le sacaré los ojos.

DUQUE. Te impedirán acceso á su persona.

ISABEL. ¡Pobre Claudio! ¡Isabel desventurada!
¡Angelo maldecido! ¡Mundo infame!

DUQUE. Ni esto le daña á él, ni te aprovecha.
Contente, por lo tanto, y pon tu causa
En las manos del cielo. Lo que digo
Oye con atención, que cada frase,
Como verás, una verdad encierra.
Mañana llega el Duque. Enjuga el llanto.
Su confesor, de mi convento un fraile,
Me ha dado la noticia. Ya el aviso
Tienen Escalo y Angelo, que deben
Esperarlo á las puertas y el mandato
Que tienen entregarle. Si pudieras
Dirigir tu razón por el sendero
Que me parece á mí más oportuno,
Satisfacción lograras de ese infame,
El aplauso del Duque, la venganza
Que el corazón te pide y honra entera.

ISABEL. Haré lo que digáis.

DUQUE. En ese caso
Da á fray Pedro la carta en que me avisan
El retorno del Duque, y que servirse
Puede de prenda, y dile que esta noche
En casa de Mariana debe verme.
De la historia de ella y de la tuya
Le informaré, y él debe acompañaros
A ver al Duque; y á Angelo á lo vivo.
Y cara á cara acusaréis entonces.
En cuanto á mi humildísima persona,
Me obliga santo voto á estar ausente.
Parte con esta carta, y de tus ojos
Esas ardientes lágrimas enjuga
Con ánimo tranquilo. No confíes

Jamás en mi sagrado magisterio
Si mal te dirigiere. ¿Quién se acerca?

Entra LUCIO.

LUCIO.—Fraile, buenos días. ¿El Alcaide dónde está?

DUQUE.—Ha salido.

LUCIO.—¡Oh! preciosa Isabel, mi corazón palidece contemplando esos ojos enrojecidos. Obligado me veo á cenar afrecho y agua. Temeroso de mi cabeza, no me aventuro á llenar el estómago. Una sola comida sustanciosa me impulsara á ello. Pero dicen que el Duque llega mañana. Os juro por mi fe, Isabel, que queria á vuestro hermano. Si ese caprichoso viejo Duque, husmeador de tapadillo, hubiera estado aquí, aun viviria Claudio.

DUQUE.—Caballero, el Duque debe estaros muy poco agradecido por la fama que le dais; pero afortunadamente no depende su carácter de ella.

LUCIO.—Fraile, vos no conocéis al Duque como lo conozco yo. Es más cazador de lo que imagináis.

DUQUE.—Bien. De esto responderéis en su día. Pasadlo bien.

LUCIO.—No. Esperad. Iré con vos. Lindos cuentos puedo contaros relativos al Duque.

DUQUE.—Me habéis contado ya bastantes si son verdad. Si no lo fuesen, todos sobran.

LUCIO.—Una vez fui citado ante él por haber dejado encinta á una joven.

DUQUE.—¿Eso hicisteis?

LUCIO.—Por supuesto que sí; pero tuve que negarlo, porque, si no, casado me hubieran con una mala pécora.

DUQUE.—Caballero, vuestra conversación es más divertida que honesta. Pasadlo bien.

LUCIO.—Juro que os acompañaré hasta el fin del callejón. Si la conversación licenciosa os ofende, la suprimiremos. Nada, nada, fraile. Soy como la cardencha. Me agarro.

(Vanse.)

ESCENA IV.

Habitación en casa de Angelo.

Entran ANGELO y ESCALO.

Esc.—Cada carta que escribe contradice á la anterior.

Ang.—De la manera más extraordinaria é incoherente. Su conducta asemeja grandemente á la demencia. Quiera Dios que su razón no se halle perturbada. ¿Y por qué hemos de esperarle á las puertas de la ciudad y entregarle allí nuestros poderes?

Esc.—No lo comprendo.

Ang.—¿Y por qué hemos de proclamar una hora antes de su llegada que, si hay alguno que tenga que apelar contra injusticia cometida, la petición se ha de hacer en la calle misma?

Esc.—La razón de esto es evidente. Para terminar de una vez las quejas y para que quedemos garantidos de futuras asechanzas, que ya no podrán tener fuerza.

Ang. Bien. La proclama publicad os ruego.

Temprano iré mañana á vuestra casa.

Avisad á los nobles y á la gente

A quienes corresponda recibirlo.

Esc. Lo haré. Pasadlo bien.
 Ang. Felices noches.

(Vase Escalo.)

Esta hazaña en completo me perturba,
 Me incapacita y nada á hacer alcanzo.
 ¡Atentar á una virgen, y persona
 De posición tan alta! Que sentencia
 Por lo propio ha dictado. Si no fuese
 Porque le impide publicar su oprobio
 Su pudor, contra mí ¿qué no diría?
 Pero á que calle su razón la induce,
 Pues gozo yo tan general prestigio
 Que, si osa el escándalo tocarme,
 Quien lo provoca confundido queda.
 Perdonarle debí; pero temía
 Que su ardor juvenil, andando el tiempo,
 Lo impulsara á vengarse, recordando
 Que debía la vida deshonorada
 Por razón de un rescate vergonzoso.
 Pero ¡ojalá viviera! Mas ¡ay triste!
 Como en nosotros el deber no impere,
 Todo va mal. Se quiere y no se quiere.

(Vase.)

ESCENA V.

Campo fuera de la ciudad.

Entran el DUQUE, en su propio traje, y fray PEDRO.

DUQUE. Entregadme estas cartas á su tiempo.
 Enterado del plan está el Alcaide.

En marcha ya el asunto, estad alerta
 Y obrad conforme lo requiera el caso,
 Aunque tengáis que divagar á veces
 Cuando las circunstancias lo requieran.
 A Flavio ved, y donde estoy decidle;
 Y á Valentín y á Craso y á Rolando,
 Que á las puertas envíen trompeteros;
 Mas que antes Flavio venga.

FR. P.

De seguida.

(Vase.)

Entra VARRO.

DUQUE. Gracias, Varro. Viniste prontamente.
 Paseemos. Vendrán otros amigos
 Más tarde á verme aquí, querido Varro.

(Vanse.)

ESCENA VI.

Calle cerca de las puertas de la ciudad.

Entran ISABEL y MARIANA.

ISABEL. Obrar tan falsamente me repugna.
 Dijera la verdad. Así, acusarlo
 De tu incumbencia es; pero no obstante
 Que yo lo haga me aconseja, y dice
 Que mejor nuestro fin así se logra.

MAR. Haz lo que diga.

ISABEL. Y además me ha dicho
 Que si me contradice y favorece

A la parte contraria, no lo extrañe,
Que es dulce aunque es amarga medicina.

MAR. Quisiera que fray Pedro.. ..

ISABEL.

Calla. Ahí viene.

Entra fray PEDRO.

FR. P. Vamos. Os he encontrado tan buen sitio,
Que imposible será que pase el Duque
Sin dejaros de ver. Ya las trompetas
Han tocado dos veces. Los más nobles
Y los más importantes ciudadanos
Pasaron ya las puertas, y al instante
El Duque debe entrar. Partamos presto.

(Vanse.)
